

El Inca Garcilaso de la Vega, fundador de la identidad peruana

Pietro La Torre Zambrano

Universidad de Piura

1. Introducción

Nacido en Cuzco, el 12 de abril de 1539, el Inca Garcilaso de la Vega es un personaje fascinante de la historia y la literatura peruana. Era hijo del capitán español Sebastián Garcilaso de la Vega y de la princesa inca Isabel Chimpu Oclo, quien era nieta de Túpac Yupanqui. Cuenta Raúl Porras Barrenechea que, por línea paterna, su «linaje era ya preclaro en las letras españolas» (1986, p. 391), pues entre sus ascendientes se encuentran personalidades como Jorge Manrique y el gran poeta renacentista Garcilaso de la Vega. Su infancia transcurrió en el Cuzco, influido grandemente por la nostalgia de sus parientes maternos, quienes constantemente evocaban el pasado incaico no sin algunas lágrimas. Fue en 1560 que el Inca Garcilaso partió rumbo a España pensando en volver a su tierra natal, pero aquel anhelo, con el pasar de los años, se fue disolviendo poco a poco.

Al decir de Raúl Porras Barrenechea (1986), la vida de Garcilaso en España tiene dos etapas: primero se dedica a la carrera de las armas al servicio del rey; luego, se entrega a las letras y a Dios, primero en Montilla y luego en Córdoba. Habiendo pasado los cincuenta años, Garcilaso inicia su obra de escritor. En 1590, publica una traducción de los *Diálogos de amor* de León el Hebreo, en cuya dedicatoria al rey Felipe II expresó su deseo de escribir «sumariamente de la conquista de mi tierra, alargándome más en las costumbres, ritos y ceremonias de ella y en sus antiguallas», según cita Porras (1986, p. 396).

Por ello, Porras menciona que un propósito oculto y generoso impulsa a Garcilaso a abordar el género histórico, y es «el hondo sentimiento de amor a su tierra y a su raza» (1986, pp. 396-397). Luego de leer con ansias las crónicas de Gómara, Zárate, Cieza, del Padre Acosta y otros, halló cortas las noticias que dieron sobre el Imperio de sus antepasados; en consecuencia, prometió escribir solo para servir de comentario — de ahí el nombre de su obra: *Comentarios reales* — y de glosa, ampliando lo que ellos habían dejado escrito. «Para relatar como él los siente, el Imperio de los Incas y la conquista española

MERCURIO
PERUANO

escribe sus *Comentarios*, pero sobre todo “para dar a conocer al Universo nuestra patria, gente y nación”» (Porras, 1986, p. 396). Los *Comentarios reales de los incas* de Garcilaso son, sin duda, la obra cumbre de este gran personaje, cuya redacción lo hizo pasar a la posteridad. Es, como bien apunta José Agustín de la Puente Candamo, «un libro de presencia permanente del Perú» (2016, p. 100).

El presente trabajo pretende revelar un aspecto esencial en el Inca Garcilaso de la Vega: ser el fundador de la identidad peruana. Dado que el Perú nació como fruto del mestizaje de indios y españoles, la identidad peruana radica justamente en ese mestizaje; la peruanidad es la síntesis de lo andino y lo europeo, es la reunión armoniosa de ambos mundos. Y el Inca Garcilaso es el primero que hace esa simbiosis; en él, hay un profundo amor por su tierra natal de la misma forma como se identifica con el mundo occidental. Garcilaso es el primero que se identifica plenamente como mestizo y se enorgullece de serlo; es el primero en encarnar el amalgamiento de culturas que es el Perú. Asimismo, en él se aprecia una notable cercanía a la religión católica, que, en el Perú, es un agente unificador de gran importancia.

2. El Perú, mestizaje de dos mundos

El Perú es fruto del gran choque cultural producto de la conquista del Tahuantinsuyo; es el resultado de la síntesis de la cultura andina y la española. Los peruanos tienen sus raíces tanto en los vencedores como en los vencidos, pero no son los unos ni los otros, sino el resultado del encuentro de ambos (Del Busto, 2011). Luego de la conquista, en las tierras que ahora reciben el nombre de Perú nació una entidad nueva a partir de dichas civilizaciones. El Perú de hoy —su cultura y su población— tiene una esencia que no es andina ni española, sino que tiene su origen en la caída del Inca en manos de Pizarro y su hueste. Así, José Agustín de la Puente Candamo mencionaba que, mientras que, en 1535, Pizarro meditaba sobre la conquista que había logrado del Tahuantinsuyo, La Serna, en 1824, luego de la batalla de Ayacucho, pensaba en que había perdido el Perú a manos de los independentistas (Martos, 2009). No son lo mismo: el Perú es el Perú; el Tahuantinsuyo es el antepasado del Perú, junto con el Imperio español. Por ello, el Perú es un país esencialmente mestizo, fruto de ambos en igualdad; es heredero tanto del incario como de la Corona española, pero hoy no es el súbdito del Inca ni vasallo del rey de España (Del Busto, 2011).

Para José Antonio del Busto, el Perú «es un país mestizo por el origen de su nombre y por ser mestiza la mayor parte de su población». La historia inicia con el descubrimiento del señorío del Birú, ubicado al sur del golfo de San Miguel, realizado por Pascual de Andagoya. Estando allí, los conquistadores

preguntaron por el nombre del lugar, y debido a la participación de unos «indios que pronunciaron mal y de unos españoles que oyeron peor», el nombre Birú terminó derivando en el familiar nombre de Perú. Dada su conjunción de españoles e indios, esta denominación «tuvo éxito, significó mucho y terminó desplazando al de Tahuantinsuyo, puesto por los incas, y al de Nueva Castilla, impuesto por los consejeros de Indias» (2011, p. 79).

El mestizaje de los peruanos se ve plasmado en diferentes aspectos de su vida cotidiana. Los apellidos peruanos descienden, en su gran mayoría, de los indios y españoles que encabezaron la gesta conquistadora hace cinco siglos (Del Busto, 2011). Asimismo, la gastronomía peruana, reconocida como una de las mejores del mundo, es eminentemente mestiza: es muy extraño encontrar en una mesa peruana un platillo que sea únicamente español o andino (De la Puente Candamo, 2016). El mestizaje, además, se puede encontrar en aspectos tan comunes como el vestido, la habitación, la música, la danza, la pintura, la literatura, la artesanía y la religiosidad (Del Busto, 2011). De esta manera, el Perú nace del mestizaje en lo cotidiano, en lo más simple, lo cual permitió la construcción de una sociedad que integra sus herencias andina y española (De la Puente Candamo, 2016).

El Perú es una extraordinaria simbiosis cultural de Occidente y del Tahuantinsuyo, y el mejor término para referirnos a ella es «peruanidad», acuñado por el ilustre intelectual arequipeño Víctor Andrés Belaúnde en su obra así titulada para referirse al conjunto de elementos conforman al Perú como patria, nación y Estado (1957). La peruanidad permite entender Perú como el resultado del mestizaje de lo indígena y lo español; ergo, «es corriente que une y no desune, que hermana y no separa, que hace al Perú más auténtico y, al mismo tiempo, permite hacer esta historia para todos los peruanos» (Del Busto, 2004, p. 5).

El mestizaje es premisa de la peruanidad; es lo que posibilita comprender al Perú en su unidad, como la síntesis de lo europeo y lo indígena. El Perú, hoy, es peruanista; hemos asumido nuestras dos herencias, que nos hacen universales y singulares:

Hoy, a Dios gracias, en indigenismo y el hispanismo han sido superados por el peruanismo. Ya no somos vasallos de Atahualpa ni súbditos de Carlos V. Somos peruanos, cholos, mestizos. La cultura occidental es nuestro género próximo y la cultura andina nuestra diferencia específica. La cultura occidental nos hace igual a todos los países de Occidente, pero la cultura andina nos hace únicos entre todos los países del mundo. Por eso somos, simultáneamente, universales y singulares. Y por eso finalmente el Perú tiene cinco características: independiente, uninacional, pluricultural, multilingüe y mestizo. (Del Busto, 2011, p. 120)

3. La identidad peruana mestiza

Según la Real Academia Española, «identidad» es el «[c]onjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás» (acep. 2), es la «[c]onciencia que una persona o colectividad tiene de ser ella misma y distinta a las demás» (acep. 3). Es decir, la identidad es aquello que hace a una colectividad ser lo que es, y, ergo, es lo que la diferencia de las demás. En ese sentido, podemos apreciar la correspondencia existente entre la identidad y la esencia, pues la esencia es «aquello que hace que una cosa sea lo que es» (Alvira, Clavell y Melendo, 1989, p. 29). Entonces, ¿qué es lo esencial en la peruanidad? La respuesta es evidente: el mestizaje. Por consiguiente, la identidad peruana radica en el mestizaje: aquello que distingue al Perú de entre todos los demás países del mundo es ser el producto de la síntesis entre el Incario y la civilización occidental. Por ello, José Antonio del Busto escribió:

No retrocedamos ni nos desviemos. La identidad consiste en saber que yo soy yo y no otro. Identidad es esencia y la esencia es lo que hace que algo sea eso y no otra cosa. Por supuesto, la identidad mestiza del Perú es un axioma, no un enigma. (2011, p. 119)

El mestizaje en el Perú data de tiempos inmemoriales; recordemos que, antes de la expansión del Tahuantinsuyo, en el territorio peruano se encontraban diversos pueblos que, con los incas Pachacútec, Túpac Yupanqui y Huayna Cápac, fueron anexados al Imperio mediante la fuerza o por vía diplomática. No obstante, fue recién con la venida de los conquistadores españoles que el mestizaje se evidenció mucho más, pues se trataba de una nueva raza (Del Busto, 2004). Así, con el paso de los siglos, el mestizaje ha avanzado indeteniblemente, por lo que hoy, la mayoría de la población peruana es racialmente mestiza:

[...] la raza mestiza es ya la más numerosa, es nuestra raza futura. El mestizo es el tipo predominante del peruano actual así como al mismo tiempo, arquetipo y prototipo del peruano del futuro. Nuestro mestizaje, repetimos, es indetenible, no hay nada previsible que lo pueda impedir. Preparémonos para cuando todos los peruanos seamos mestizos de sangre y espíritu. (Del Busto, 2004, p. 183)

No obstante, la raza no es un impedimento para ser mestizo. Un hijo de extranjeros puede hacerse mestizo cultural sin ningún problema (Del Busto, 2011). Lo primero que debe hacer saberse peruano; y lo segundo, saberse mestizo, esto es, heredero tanto de la cultura andina como de la europea. Si no es por raza, entonces por cultura una persona de raíces extranjeras puede vivir plenamente la peruanidad, sintiendo como propia la variada síntesis cultural que es el Perú. Por tanto, «más importante que el mestizaje racial es

el mestizaje mental, pues hace que todos los peruanos tengamos unidad de pensamiento» (Del Busto, 2004, p. 183).

En el Perú, no podemos escapar al mestizaje; es su naturaleza, es lo más propio de su entidad. Así, pues, hay que «dar un nuevo giro a la frase de Ricardo Palma, en su momento irónica, y reconocer que, en el Perú de hoy, quien no tiene de inga, tiene de mandinga... y a veces, de europeo u oriental» (Degregori, 2004, p. 5), puesto que debemos «recoger nuestras dos ricas herencias, amalgamarlas y convertirlas en un solo patrimonio. Lo otro es desparramar, disociar, destruirnos» (Del Busto, 2011, p. 119). El deber es, entonces, reconocer y valorar nuestras dos herencias, que juntas conforman la peruanidad.

4. El Inca Garcilaso de la Vega

El Inca Garcilaso de la Vega, según sus propias palabras, se llamaba «mestizo a boca llena». En la dedicatoria al rey de los *Diálogos de Amor*, había dicho que él escribía para deleite de indios y españoles «porque de ambas naciones tengo prendas». Él es, como indicó Riva Agüero, el primer intento de reconciliación entre ambas razas (Porrás, 1986, p. 398). Por ello, José Antonio del Busto escribió: «Al vivir entre indios, se sintió español; al vivir entre españoles, se sintió indio. En sus últimos años describió su verdadera esencia: la de ser mestizo y peruano» (2004, p. 182).

Según José Agustín de la Puente Candamo, Garcilaso es «el hilo conductor de la memoria peruana. Nosotros podemos seguir la fundación del Perú a través de la lectura de Garcilaso». Más adelante, prosigue diciendo: «El Perú no tiene sentido sin la conjunción de lo andino y de lo español, y eso lo encarnó Garcilaso» (2016, p. 100-101). Por eso, Del Busto escribió: «Con Garcilaso, se ha dicho, aparece la peruanidad como principio y el nacionalismo como devoción» (2010, p. 75). El Inca Garcilaso no solamente es uno de los primeros mestizos nacidos de padre español y madre indígena, sino que es el primer mestizo que alzó su voz enorgulleciéndose de su doble origen. Así, Raúl Porrás se refiere a él como el primer mestizo:

En él se funden las dos razas antagónicas de la conquista, unidas ya en el brazo fecundo del mestizaje, pero se sueldan, además, indestructiblemente, y despojadas de odios y prejuicios, las dos culturas, hoscas y disímiles, del Tahuantinsuyo pre-histórico y del Renacimiento español. (1986, p. 391)

En Garcilaso, se hace imposible identificar que pertenezca más a la casta andina que la española o a la conquistadora por sobre la indígena. El intelectual socialista José Carlos Mariátegui afirma que Garcilaso era «más inka que conquistador, más quechua que español» (1975, p. 237). Empero, tal consideración resulta bastante endeble si constatamos, como lo hace Coello

(2009), que los conocimientos que posee Garcilaso del quechua son, cuando menos, escasos. Mientras que enuncia como objetivo de su obra el dar a conocer el significado de muchos vocablos indígenas, en *La Florida*, años antes, revela que no tiene mayor dominio de la lengua quechua. Escribió el Inca que, así como el español Juan Ortiz se había olvidado hasta de cómo pronunciar el nombre de su natal Sevilla debido a que estuvo perdido por diez años entre los indios, él mismo se encontraba imposibilitado de entrelazar más de seis vocablos en quechua para poder expresarse y darse a entender, situación que se veía agravada porque muchos términos se le habían ido de la memoria. En cambio, el castellano del que hace gala en su redacción es, en pocas palabras, impecable. ¿Podríamos, entonces, considerar que Garcilaso era realmente más indígena que español? Ciertamente no. Pero tampoco se puede argüir que era más español que indio, pues el profundo sentimiento de amor a su tierra natal que brota de sus escritos nos revela su radical identificación con el Incario:

[...] cuando escribe el último libro de sus *Comentarios reales*, cincela jubilosamente la inmortal dedicatoria: “A los Yndios, Mestizos y Criollos de los Reynos y Provincias del Grande y Riquísimo Ymperio del Perú, el Ynca Garcilaso de la Vega, su hermano, compatriota y paysano, salud y felicidad”. En estas líneas, acaso por primera vez, aparece la idea de nación peruana. (Del Busto, 2011, p. 75)

Para José de la Riva-Agüero (1962), los *Comentarios reales* nacen del íntimo añorar de su infancia propio de la edad madura: Córdoba, donde residía desde 1589, le recordaba al Cuzco, y la nostalgia de vivir en el exilio le hizo revivir las imágenes de sus primeros años. Así, su obra retrata tales sentimientos, que revelan el poderoso vínculo afectivo que mantenía con su tierra natal y sus raíces imperiales incaicas. Por eso, Porras dijo que, en Garcilaso, no debemos buscar los defectos del Incario, sino lo que él nos quiso dar con su obra: «los méritos y no los defectos, las excelencias y los aciertos que fueron grandes y felices en la mayor y más adelantada civilización indígena de América del Sur» (1986, p. 400). Los *Comentarios reales* son el fruto del profundo amor que sintió Garcilaso por sus antepasados incas y españoles es la redacción de (Samanez, 2016).

La recepción de los *Comentarios* dio paso a distintas perspectivas de interpretación de la obra, variando a lo largo del tiempo e, incluso, «en función del fondo cultural de la crítica desde la cual se la observa» (Huamán, 2009, p. 136). La primera lectura que se hizo de los *Comentarios* fue de corte historicista, esto es, considerándola como una obra histórica; empero, no fueron pocos los que adujeron la poca documentación y objetividad de Garcilaso. Por ejemplo, Huamán revela que el historiador escocés William Robertson criticó «su continuo uso de fuentes secundarias y el presentar mezclados de forma indiscernible lo fabuloso de lo verosímil y lo verdadero» (2009, p.

123). No obstante, Porras (1986), con mayor lucidez, indicó que «la versión de Garcilaso del Incario, no es sin embargo falsa ni mendaz. Es simplemente unilateral. Oyó y contó principalmente lo favorable, lo que exaltaba la memoria del Imperio perdido y no lo que hubiera justificado su desaparición» (p. 400); Garcilaso «no inventó nada sino que recogió fiel y emocionadamente las tradiciones de la nobleza a la que pertenecía» (p. 403).

Garcilaso es tan indio como español, desciende de unos y otros. Recibió influjo de sus parientes incas y de su padre conquistador. En su niñez, oyó y se admiró con las historias que le contaban los sobrevivientes de la conquista, en especial de su tío materno Francisco Huallpa Túpac, de la misma forma como aprendió a montar a caballo, a herrar y a cinchar las cabalgaduras (Porras, 1986).

El Inca Garcilaso de la Vega, según sus propias palabras, se llamaba «mestizo a boca llena»; en la dedicatoria al rey de los *Diálogos de amor*, había dicho también que él escribía para deleite de indios y españoles «porque de ambas naciones tengo prendas»; él es, como indicó Riva Agüero, el primer intento de reconciliación entre ambas razas (Porras, 1986, p. 398). En este sentido, José Antonio del Busto escribió: «Al vivir entre indios, se sintió español; al vivir entre españoles, se sintió indio. En sus últimos años describió su verdadera esencia: la de ser mestizo y peruano» (2004, p. 182). En él se encuentra el dilema mismo del alma peruana atraída por los divergentes reclamos de ambas razas y culturas (Porras, 1986, p. 398):

En él se funden las dos razas antagónicas de la conquista, unidas ya en el abrazo fecundo del mestizaje, pero se sueldan, además, indestructiblemente, y despojadas de odios y perjuicios, las dos culturas, hoscas y disímiles, del Tahuantinsuyu pre-histórico y del Renacimiento español. La síntesis original y airosa de este sorprendente connubio histórico son los *Comentarios reales*. Con ellos nace espiritualmente el Perú. (Porras, 1986, p. 391)

Así, pues, la identidad de Garcilaso es mestiza en el sentido pleno de la palabra: cuenta José de la Riva-Agüero (1962) que, sobre la verja de la entrada al recinto en el que yacen sus restos, y encima de los nobles blasones de Vargas y Suárez de Figueroa, Saavedra y Hurtado de Mendoza, se erigen el llautu y el arco iris, las sierpes de azur, el sol y la luna, en representación de la casa imperial incaica. El Inca Garcilaso duerme el sueño de los justos acompañado de los emblemas de sus raíces hispanas e indígenas.

5. Garcilaso y la religión católica

Históricamente, el Perú es un país católico. Hasta la Constitución de 1920, los textos constitucionales declaraban expresamente que la nación profesaba la religión católica, que el Estado la protegía y que no se permitía el ejercicio público de ninguna otra. Hoy día, la Constitución vigente «reconoce

a la Iglesia Católica como elemento importante en la formación histórica, cultural y moral del Perú, y le presta su colaboración» (art. 50). Según el censo realizado en 2017, la población católica en el Perú asciende al 76%.

Raúl Mendoza (2021) sostiene que, en la fundación de la república realizada por la promulgación de la Carta Magna de 1828, se puede apreciar dos factores unificadores: la nación y la fe católica. Así, la catolicidad dejó de ser un rasgo de hispanidad para serlo de la peruanidad, y se asimiló como factor de continuidad de la nación al ser garantía de unidad, educación y contención frente a ideologías totalitarias, así como de estabilidad social junto con la familia. En este sentido, la relevancia histórica de la *religio vera* en el Perú es indiscutible: es un agente unificador del Perú y una característica de la peruanidad. Y no hay que olvidar que la venida del catolicismo a América se produjo con la conquista; por eso, Del Busto escribió:

En el orden religioso se trajo la fe católica, que predicada a todo el territorio consiguió alcanzar al pueblo peruano una unidad religiosa: la primera unidad que hemos tenido. A este legado espiritual debe añadirse un legado material: la selva, tercera región natural del Perú, ganada exclusivamente por los misioneros católicos. (2004, p. 179)

A juicio de Cañas, «el único elemento de la sociedad incaica en donde Garcilaso no se muestra completamente americanista, es con relación al tema religioso» (1995, p. 43). Garcilaso cree plenamente en la fe católica, e incluso llega a aseverar que el Tahuantinsuyo y la acción conquistadora incaica existió para civilizar a los pueblos bárbaros preincaicos, de modo que estén menos salvajes para que, con la llegada de los conquistadores y del Dios cristiano, adopten más fácilmente la fe católica (Coello, 2009). Por ello, «según Garcilaso, la parte positiva de la conquista y la colonia, lo constituyó el advenimiento de la religión verdadera» (Cañas, 1995-1996, p. 45). Incluso, Porras revela que Garcilaso justifica la conquista por la necesidad de acercar a los indios a Cristo, por lo que «No se cansa de alabar en su libro las ventajas que en el orden espiritual reportó la conquista» (1986, p. 401).

De esta manera, el catolicismo, elemento esencial y pilar fundamental de la peruanidad, se encuentra radicalmente en Garcilaso. Sin tomar en cuenta este aspecto suyo, nuestro estudio estaría incompleto, de la misma forma que considerar la peruanidad apartando al catolicismo es impropio y desnaturalizador. La profunda religiosidad plasmada en los *Comentarios reales* hace que la obra de Garcilaso refleje el alma peruana; el catolicismo de Garcilaso hace que sea realmente el fundador de la identidad peruana.

6. Conclusión

Considerando lo expuesto, queda evidenciado cómo Garcilaso ha sido el fundador de la identidad peruana. Él es el primer representante de esa

nueva entidad que floreció luego de la dramática conquista española del Incario. Como se indicó líneas arriba, el mestizaje es lo que define al Perú: dado que desciende tanto de los conquistadores como de los conquistados, separar sus dos herencias es una tarea condenada al fracaso. El gran choque que constituyó el advenimiento de los españoles al Tahuantinsuyo fue enormemente fructífero: de ese encuentro nació el Perú. Y quien sintetiza gozosamente esa confluencia es el Inca Garcilaso de la Vega.

En Garcilaso, su condición de mestizo es motivo de orgullo, por lo que toma sus dos herencias, reivindica sus dos razas y, en sus *Comentarios reales* funda una nueva identidad distinta de la andina y de la española: la identidad peruana. Y lo hace partiendo de reconocer los aportes que otorgó el advenimiento de la cultura occidental a América y de valorar la cultura indígena de la que él formaba parte por línea materna. Así, Garcilaso aprecia por igual sus dos linajes, de modo que lo acompañan en su tumba los emblemas de sus apellidos europeos más ilustres y los símbolos propios de la realiza imperial inca. Por ello, Cañas escribió:

El mérito del mestizo cuzqueño, es no haber despreciado lo americano por embelesarse con lo europeo, ni tampoco haber quedado resentido con éste. Es más, cuando habló de una cultura americana, no lo hizo repitiendo lo que Europa imponía, sino afirmando el hecho de tener una historia y un destino propios. (1995, p. 50)

Según indica José Antonio del Busto (2004), la primera unión que se logró en el Perú fue la fe católica, de modo que el catolicismo se erigió como un rasgo característico de la peruanidad. Y este aspecto se encuentra muy presente en Garcilaso: él, incluso, justifica la conquista por motivos religiosos, esto es, para que los indígenas adopten en su corazón la fe católica. De esta manera, Garcilaso representa también la religiosidad peruana, fiel seguidora de la Iglesia Católica.

En definitiva, Garcilaso «encarna la fusión o el abrazo de las dos razas formadoras del espíritu nuevo del Perú» (Porrás, 1986, p. 408), y, por eso, es el fundador de la identidad peruana. El amor a su tierra natal y el aprecio de sus raíces imperiales incas nunca se vio opacado a pesar de haber dejado el suelo materno teniendo poco más de veinte años. En él, el amor a su patria, cultura y raza es indiscutible; orgullosamente se llama mestizo y reconoce que tiene elementos tanto del Incario como de la cultura occidental, y en ello radica su pionera identificación como peruano.

Bibliografía

- Alvira, Tomás, Clavell, Luis, y Melendo, Tomás (1989). *Metafísica*. Madrid: Eunsa.
- Belaúnde, Víctor Andrés (1957). *Peruanidad*. Lima: Ediciones Librería Studium, 2.^a ed.
- Cañas, Roberto (1995). «La identidad latinoamericana en el discurso del Inca Garcilaso», *Revista de Estudios*, 12-13, pp. 41-51.
- Coello, Óscar (2009). «El “inca” de los *Comentarios reales*: descripción del actante ficcional», en Carlos Arrizabalaga y Manuel Paredes (eds.), *Este gran laberinto. Estudios filológicos en el centenario de los Comentarios Reales* (pp. 1-16). Piura: Universidad de Piura. Facultad de Ciencias y Humanidades. Grupo de Investigación del Siglo de Oro de la Universidad de Navarra. Academia Peruana de la Lengua.
- Degregori, Carlos Iván (2004). «Diversidad cultural», en *Enciclopedia temática del Perú* (vol. VIII). Lima: El Comercio.
- Del Busto, José Antonio (2004). Conquista y virreinato. En *Enciclopedia temática del Perú* (vol. II). Lima: El Comercio.
- Del Busto, José Antonio (2011). *Breve historia de los negros en el Perú - Tres ensayos peruanistas*. Lima: El Comercio.
- Huamán, Ricardo (2009). «400 años de lecturas garcilasistas: apuntes sobre la recepción crítica de los *Comentarios reales de los Incas*», en Carlos Arrizabalaga y Manuel Paredes (eds.), *Este gran laberinto. Estudios filológicos en el centenario de los Comentarios Reales* (pp. 121-145). Piura: Universidad de Piura. Facultad de Ciencias y Humanidades. Grupo de Investigación del Siglo de Oro de la Universidad de Navarra. Academia Peruana de la Lengua.
- Manrique, Nelson (2004). «Sociedad», en *Enciclopedia Temática del Perú* (vol. VII). Lima: El Comercio.
- Mariátegui, José Carlos (1975). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta, 31.^a ed.
- Martos, Marco (2009). «Prólogo», en Carlos Arrizabalaga y Manuel Paredes (eds.), *Este gran laberinto. Estudios filológicos en el centenario de los Comentarios Reales* (pp. IX-X). Piura: Universidad de Piura. Facultad de Ciencias y Humanidades. Grupo de Investigación del Siglo de Oro de la Universidad de Navarra. Academia Peruana de la Lengua.
- Mendoza, Raúl (2021). «Peruanidad: la política o el ideal», en Bobadilla, Francisco (ed.), *La Peruanidad en el Bicentenario. Ensayos de comprensión* (pp. 111-131). Lima: Yachay Legal.
- Porras, Raúl (1986). *Los Cronistas del Perú (1528-1650) y otros ensayos*. Edición, prólogo y notas de Franklin Pease G. Y. Lima: Banco de Crédito del Perú.

- Puente Candamo, José Agustín de la (2016). Visión del Perú en el Inca Garcilaso. *Mercurio Peruano. Revista de Humanidades*, 529, 100-106.
- Riva-Agüero, José de la (1962). *Estudios de literatura peruana: del Inca Garcilaso a Eguren*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Recuperado de <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/7145>
- Samanez, Carmen Irma (2016). «El Inca Garcilaso de la Vega, símbolo auténtico de peruanidad» *El Antoniano*, 131, pp. 127-132.